

Marionetas exóticas¹

La Dépêche Africaine, 15 de octubre, 1928

Jane Nardal

ACCESO  ABIERTO

El creol que ha residido en Francia puede darse cuenta fácilmente de la potencia evocativa que poseen ciertas palabras. Allí te enteras o percibes que eres “exótico”, despiertas un vivo interés, preguntas absurdas, los sueños y pesares de aquellos que nunca han viajado: “¡Ah! ¡Las islas doradas! ¡Los países maravillosos! ¡Con sus felices, ingenuos, despreocupados habitantes!”. En vano te esforzarás por destruir muchas leyendas, no te creerán, aunque te reproches por intentar dismantelar esas ilusiones profundamente arraigadas en el espíritu francés y caídas desde la literatura a la esfera pública.

Como Léon Werth cuando escribe en *Danses, Danseurs et Dancings*: “Entonces fue que vi a la mujer negra. Creo que ella estaba adornada primero que todo por una poesía libresca. Quizás ella fue la primera negra literaria, princesa y sultana. Las novelas de islas y los cuentos de *Las mil y una noches*. Pero no es mi culpa si esa gracia flexible ha pasado a ser parte de la literatura o más bien si ella se convirtió en una suerte de poesía sexual, innata en nosotros”.

Deberíamos tener el coraje para despojarnos del prestigio que nos confiere la literatura exótica y chocar, como modernistas, sobre el decorado pasado, el rococó de las hamacas, palmeras, bosques vírgenes, etc.

Qué decepción para quien evoca princesas exóticas en tu honor, si fueras a decirle que, como toda pequeñoburguesa francesa, estás en París continuando los estudios que comenzaste allá, en los trópicos, durante la secundaria. No, los derechos de la imaginación no prescriben, te resignas a usurpar ese rol, a ser alguien que viene de esas tierras lejanas donde todo es vibrante y ardiente: el aire, los corazones, los cuerpos.

Sin embargo, parece que la caja de accesorios exóticos se ha transformado, o al menos, que ese tópico que data de Bernardin Saint-Pierre ha sido remplazado por otro. Podríamos haberle reclamado a Bernardin por sus sitios exóticos y encantadores, llenos de criaturas idílicas, el buen salvaje, el blanco devuelto a la inocencia. Asimismo los grandes románticos, Hugo, Lamartine, Michelet, por una parte, y por otra Mme. Beecher-Stowe, insistieron en el mismo punto: por las necesidades de la causa humanitaria, el personaje exótico, en este caso el esclavo negro, fue adornado con todas las virtudes. Esos escritores engendraron una nutrida decendencia.

Editora: Silvia Valero. Universidad de Cartagena-Colombia.

Copyright: © 2023. Nardal, J. Este es un documento de acceso abierto, distribuido bajo los términos de la licencia <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/> la cual permite el uso sin restricciones, distribución y reproducción en cualquier medio, siempre y cuando que el original, el autor y la fuente sean acreditados.

¹ Traducción de María Yaksic y Claudio Gaete Briones: La investigación recibió financiamiento del proyecto “Connected Worlds: the Caribbean, Origin of Modern World” del programa de investigación e innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea en el marco del convenio de subvención Maria Sklodowska Curie n.º 82384.

Obras como *Ulysse nègre*, de Marius-Ary Leblond, escritor reuniónés, *Le nègre de Narcisse* de Conrad, *Le pot au noir* de Chadourne, los cuentos de Claude Farrère, parecen ya romper con esa tradición y pretenden dar un retrato más verídico del hombre de color a los sedentarios y sentimentales metropolitanos.

Hasta que llegó Joséphine, Joséphine Baker se entiende, y perforó un agujero a través del telón pintado al estilo Bernardin. Así es como una mujer de color saltó al escenario con sus cabellos lacados y su sonrisa brillante. Ella todavía está vestida con plumas y hojas de plátanos, pero les ofrece a los parisinos los últimos productos de Broadway (charleston, jazz, etc.). La transición entre el pasado y el presente, la soldadura entre el bosque virgen y el modernismo, eso es lo que los negros americanos realizan y hacen palpable.

Y los hastiados artistas y los snobs encuentran en ellos lo que buscaban: el contraste sabroso, aliñado, de seres primitivos en el marco ultramoderno del frenesí africano desplegándose en el decorado cubista de un club nocturno. Eso explica la moda inaudita y el entusiasmo suscitado por una pequeña *câpresse* que estaba mendigando en las aceras de Saint-Louis (Mississippi).

Ella y sus compañeros (Joë Alex, Douglas Johnny Hudgins), mientras entretienen al público parisino, ofrecen nuevas y truculentas imágenes a los escritores de vanguardia. Al escuchar sus dulces y estridentes melodías en concierto, en el music hall, en las grabaciones, estos escritores reconstruyen “una extraña atmósfera donde todavía se oye algo del gemido de los pobres esclavos con un dejo de ingenuidad y a veces de salvajismo”. Así, en la literatura exótica moderna la imaginación poética no pierde ninguna de sus libertades, aun cuando ya no concede premios de excelencia a los buenos “tío Tom”.

Así, después de los jarabes de granadina de Bernardin y Mme. Beecher-Stowe, están los fuertes licores y cócteles de Soupault, de Carl Van Vechten. Esconde tu cara, tío Tom, allá arriba, aquí está tu nieto Edgar Mannig, el héroe de la novela de Soupault, libre y suelto en una civilización de la que solo ha imitado los vicios; un negro de jazz-band que lleva una existencia tan nocturna como sórdida, se droga, asesina una mujer. Eso es el negro de Soupault. Los mismos tipos de caracteres y vicios se encuentran en *El paraíso de los negros* de Carl Van Vechten, pero en el ambiente de los negros millonarios de Nueva York. La *femme fatale* representada allí no tiene nada en común con el retrato romántico de la mujer negra en Michelet. Estos escritores han abierto el camino, no hay ninguna duda de que los Morand y compañía no siguen sus pasos...

Sin embargo, me dirán ustedes, aparte del decorado, ¿qué tiene en común esa existencia en verdad colorida, agitada, embriagadora, con la nuestra, de gracias tranquilas, de danzas lentas? Y puesto que hay un nuevo tópico, que los negros creoles no se sorprendan de ser devorados por los reporteros y los escritores prestos a generalizar. Si esperamos un tiempo más quizás les veamos dar las gracias a Claude Farrère.

¿Elegiremos entre esos dos tópicos? ¿Con qué salsas queremos que nos coman?, ¿la salsa idealista o la salsa realista? Aquí está la respuesta. Los novelistas americanos de color, desestimando a sus retratistas, se pusieron a trabajar. Veremos algún día si tuvieron más éxito.

No iremos más al bosque, los laureles están cortados, la bella señorita los ha recogido todos. Y, tal como le ocurre a la bella de la canción, después de haber destruido todas las ilusiones e ideas falsas de los franceses sobre los negros, Paul Morand presenta un revisado y corregido tipo de “nuevo negro”, tal como será representado desde 1930 a 19...

En una serie de relatos (para los que viajó 50.000 kilómetros y recorrió 28 países negros) él nos presenta sucesivamente: al negro antillano bajo los rasgos del haitiano Occide; al zar negro que logró liberar a su país del yugo americano para convertirlo en una república soviética, pero solo consiguió que los americanos volvieran;

al negro americano, representado por la bailarina Congo, un músico de jazz, los líderes de color Octavius Bloom y el doctor Lincoln Vamp, la mulata multimillonaria, Mme. Pamela Freedman, y finalmente al negro africano, hechicero, fetichista, caníbal.

Se puede observar que es cuidadoso en no confundir estos diferentes tipos. Solo los unifica para mostrar, invariablemente, al final de cada una de sus nouvelles, la fuerza atávica del negro. Sea como sea, negro o casi blanco, instruido o ignorante, francés, americano, o en estado salvaje, en suma, civilizado en apariencia, si tiene la oportunidad el negro retorna a sus instintos supersticiosos y mágicos.

Expongo estos diferentes tipos para que ustedes reflexionen. Dejo a otros la tarea de indignarse por estas diversas caricaturas de los negros. Constataré simplemente que este tipo de negros, para quien ha vivido en Francia estos últimos años, ya estaba latente en ciertas mentes y en un cierto medio. Paul Morand no lo inventó de la nada, algunas de sus observaciones punzantes lo demuestran. Si las obras sociológicas de Levy-Bruhl, como él mismo lo indica, fueron sus fuentes para el negro africano; si como yo creo, ha utilizado considerablemente el *New Negro* de Alain Locke (un hombre de color) para representar al negro americano, ¿quién le proporcionó este tipo del negro antillano? Sin duda Le Bal Blomet, análogo a nuestros casinos, o peor, esas escalas de varias horas en las Antillas, quizás algunos *quimboiseurs* y algunos estereotipos literarios como el del mulato peligroso. Pero sobre todo –y finalmente enciendo mi linterna– el mal se debe a que la moda de los negros estos últimos años les llevó a ser considerados como gente destinada a servir de diversión, para el placer, artístico o sensual, del blanco (y en esto Paul Morand rinde un justo homenaje a la plasticidad de los negros). Pero cuando se trata de cualidades intelectuales, o morales, cuando se trata de no ser más su bufón, sino su igual en inteligencia, eso molesta el plan de la naturaleza y los designios de la providencia. Así, para el placer estético de Paul Morand y otros, permanecemos o retornamos al estado de naturaleza, como Mme. Pamela Freedman. ¿Estaba harta de ser una falsa blanca? ¿Por qué enorgullecerse de un progreso prestado? Una vez pensado esto, ella regresa al estado salvaje.

Esta es, entonces, la psicología del negro descrita por el blanco, pero lo que interesa a Paul Morand nos lo dice en un número de *Candide*. “El negro es nuestra sombra”, escribe incluso en su novela (página 206). Espero que esta vez suspiros de alivio: aquí no tenemos el retrato de un negro sino el del europeo de la posguerra asimilado al negro, por quien siente vergüenza: “nuestra época es una época negra. Solo piensa en la pereza general, el odio de los jóvenes por el trabajo, la desnudez, la igualdad, la fraternidad, casas de adobe que duran tres años, el amor en público, los divorcios, la publicidad” (p. 206).

Aclarado este punto, nos podemos permitir alabar las cualidades de exposición y claridad del estilo de Paul Morand, un estilo que contiene además imágenes tan modernas, originales y frescas, las aristas de las palmas, dóciles a la brisa y untadas de luna, “estrellas de dieciocho quilates” (p. 20). Incluso sonreiremos con la lectura de ciertas frases donde subraya: “el francés, astuto de nacimiento”. Señala la frecuencia de los imperfectos de subjuntivo, la ausencia de las “*a*” en nuestra habla –los anarquistas café con leche de Chicago– o, incluso, “un rostro del color de la espuma stout”, etc., y otras lindezas: “Antes, Pamela se ponía a decir como los demás: ‘esos horribles negros’”. También señala cómo ciertos hombres de color se hacen pasar por sudamericanos.

En suma, después de estas amabilidades, hay que mirar de bien cerca para ver, como con pesar –ya no está de moda ser humanitario, ¿no es verdad?–, que una vaga simpatía por los negros se asoma a través de frases como la siguiente: “los explotados, esclavizados, golpeados, martirizados que no han merecido su suerte y que

no pueden esperar la felicidad más que en la otra vida” (p. 102). O incluso, a pesar del tono impasible, la siguiente frase que es un paréntesis: “(París, amigo de los negros, no es el París de Texas)”, o esta otra: “la tía... recordó el sur (de Estados Unidos) y sus árboles de linchamiento” (p. 158). O en los primeros capítulos de la nouvelle *Adieu New-York* (p. 209 y 211), donde desnuda la hipocresía de los americanos luchando contra sus prejuicios de color. Habría que retener esas páginas, impregnadas de una franqueza y de una humanidad muy latinas, para no concluir demasiado rápido tal vez, después de haber leído las nouvelles *Excelsior* y *Charleston*, que todo se americaniza. Paul Morand se complace de ser en Francia el viajante de comercio de los prejuicios americanos.

“Antes de 1914”, escribe Paul Morand, “un negro era algo risible y exótico”. Hoy desde el punto de vista de la plasticidad, lo que ya es mucho, ganó la delantera. El europeo lo admira en el mismo sentido que a un bello animal con el que comparte, como la bailarina Congo (alias Joséphine Baker), la agilidad, la alegría y “la energía vital inmediatamente transmisible” (p. 81). Ya ha conquistado al artista, ahora le queda hacer lo mismo con el burgués, con el intelectual. Para ello esperamos que algunos europeos le atribuyan al negro “literario” algunas cualidades más internas, a menos que ya exista en alguna parte una pintura del negro “visto desde adentro”, que le permita volver a la comunidad humana.